

DISCURSO

DEL SEÑOR D. JUAN LEÓN MERA,

PRESIDENTE DEL ATENEO.

DISCURSO

DEL SR. D. JUAN LEÓN MERA,

PRESIDENTE DEL ATENEO.

EXCMO. SR. PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,

SEÑORES SOCIOS:

EN virtud del alto cargo de presidiros con que me habeis honrado, declaro en este momento solemnemente instalado el ATENEO DE QUITO.

Señores, levantemos todos la voz, y más que la voz el corazón, para saludar con entusiasmo á nuestra amada Patria, por quien y para quien hemos creado esta Academia; y saludemos de manera especial á la nobilísima sociedad quiteña, en cuyo seno ha nacido, se ha organizado y va á desarrollarse y vivir, y hacer ostensibles su fuerza y fecundidad.

Tal es á lo menos la grande esperanza que todos abrigamos. La inteligencia, don magnífico del Cielo, cuando no se la deja en inacción ó no se la envuelve en la dañosa atmósfera del error, aun aislada produce grandes cosas; pero unida á

otras inteligencias, formando conjunto armónico para el trabajo, vence las dificultades que en el aislamiento han señoreado sobre el talento más claro y la voluntad más firme, y hace prodigios. Y si no, decidme, ¿para qué se habrían creado las numerosas asociaciones científicas, literarias, artísticas y hasta industriales, ya seculares algunas, que florecen y brillan en todas las naciones civilizadas?

Las colectividades que tienen por objeto el estudio, la conquista de las luces, la depuración de las costumbres en las fuentes de las rectas ideas y de los sentimientos morales, la rectificación del gusto literario y artístico en el crisol de la estética, amás dejan de producir excelentes frutos. En nuestra propia República, tan contrariada por su abrupta aunque bellísima y soberbia naturaleza; tan trabajada por las revoluciones políticas; tan mal conocida y peor tratada por los extranjeros que no la encuentran á la altura del progreso de otros países más felices; tan ultrajada á veces por algunos de sus propios hijos que, en son de queja porque no la ven amoldada á sus deseos é ideas con frecuencia extravagantes y erróneas, la pintan como nación que se anda todavía cubierta de sombras de barbarie: en nuestra propia República hallamos pruebas de cuán fecundas y benéficas son las Sociedades organizadas para el estudio. No os recordaré todas: nada diré de la *Academia Ecuatoriana*, hija de la buena voluntad y de la iniciativa de la Española, que con tanta bondad y nobleza ha tendido la mano á los ingenios hispa-

no-americanos para atraerlos á sí; de aquella Academia cuya labor pacífica y silenciosa está en sus *Memorias*; no haré mención del *Liceo de la Juventud* de Cuenca tan copioso en sazonados frutos; pasaré por alto otras muchas agrupaciones literarias, que aunque muertas las más en feto ó á poco tiempo de nacidas, han probado á lo menos que siempre hemos comprendido la necesidad de ellas para nuestro progreso intelectual, y haré memoria solamente de dos, la una establecida en los albores de nuestra independencia, como prueba de que nos despertábamos de un sueño secular; la otra creada en nuestros días, como manifestación de la vida que arde y bulle en el cerebro de la juventud quiteña: la primera fundada en esta capital por 1838 con el nombre, muy simpático por cierto, de *Sociedad Filantrópico-Literaria*, que si bien apenas duró seis años, vió perfeccionarse en ella muchas inteligencias que más tarde brillaron en el campo de las letras, en el foro, en la política y hasta en la milicia; y la *Escuela de Literatura*, nacida ayer del esfuerzo de algunos jóvenes talentosos y aplicados, la cual nos ha dado la mejor *Revista* que ha tenido la República: *Revista* que, comenzando modestamente cual órgano de esa asociación, ha tomado después dimensiones respetables y vitalidad más pujante, para saltar los límites del Ecuador y lanzarse á climas extranjeros para conquistar honrosa fama.

Una Academia de la naturaleza del Ateneo que acabamos de fundar hacía gran falta en la República. Ahora que en todo el mundo se impul-

sa á porfía el estudio de las Ciencias, la Literatura y las Artes; ahora que no hay nación que se avenga á rezagarse en el camino de la civilización, mal estaba nuestra patria viendo á sus hijos estudiosos entregados á su esfuerzo individual y agotando sus virtudes intelectuales en solitarias lucubraciones. Jamás han faltado entre nosotros talento, voluntad para el estudio, perseverancia y hasta abnegación para entregarse á él; pero sí ha faltado el concurso de todos los talentos, de todas las voluntades, de todo el poder de la constancia para duplicar y áun centuplicar los estudios y darles perfección; sí ha faltado el apoyo mutuo para vencer obstáculos; sí ha faltado el estímulo generoso que despeja el alma, da aliento al pecho, fecundiza el ingenio y transforma sus alas de mariposa que se agitan á poca altura de la tierra, en alas de cóndor que se elevan atrevidas más allá de las nubes.

Las Sociedades que hemos tenido y de las cuales brevemente acabo de hablaros, han sido sólo literarias; mas el Ateneo que hoy comienza se propone obrar en campo mucho más extenso; y, por lo mismo, si las labores han de ser complicadas y difíciles, los frutos serán en proporción abundantes y provechosos, y grande, muy grande la honra de nuestra Academia. Al asomarnos á ese campo que está llamándonos á que le cultivemos, y al tender por él nuestras miradas y considerar la magnitud de la empresa, ¿habrá entre nosotros alma cobarde que se asuste y retroceda? ¡Oh! no no, compañeros y amigos; pues no veo entre

cuantos se han inscrito en el Ateneo quien ignore que la fuerza de voluntad, propia del hombre moralmente bien constituido, y el método y orden en los estudios, vencen las mayores dificultades y coronan grandes empresas; y la viril pujanza del ánimo vuestra es, y vuestro el anhelo vehemente de honrar á la patria por medio del trabajo intelectual; y el orden y el método necesarios para hacerlo frutífero, ahí están en nuestros Estatutos y Reglamentos. Ved, pues, asegurados la vida y el buen éxito de la naciente asociación.

Hemos dividido el Ateneo en tres grupos que, conservando rigurosa unidad en cuanto á la organización general y á las reglas comunes indispensables para la vida y el desenvolvimiento ordenado y fecundo de la Academia, están, sin embargo, dotados de bastante independendencia para que los miembros que los componen trabajen en aquello á que los impele natural afición y en lo cual, en sus estudios escolares y universitarios, han ejercitado ya las facultades de su inteligencia. En el primero tienen cabida las Ciencias naturales, físicas, matemáticas y médicas; en el segundo las Ciencias religiosas, morales, políticas y jurídicas; en el tercero la Literatura y las Bellas Artes.

¡Ah, señores! ¡qué campo tan extenso y tan hermoso para las indagaciones y las luchas del pensamiento humano lanzado á la conquista de la verdad y del bien! Aquí las Matemáticas, de cuyo imperio está inexorablemente excluido todo lo incierto y dudoso; aquí la Astronomía que se eleva

á los espacios infinitos y pide á los astros cuenta de sus leyes, y los mide y los pesa; aquí la Física que escudriña las condiciones esenciales de la materia y la misteriosa acción de los agentes naturales que produce fenómenos que nos asombran, y de la cual el ingenio humano ha hecho un maravilloso impulsor del progreso moderno; aquí la Química, gemela de la Física, que tomando los cuerpos en sus manos los descompone, analiza, combina, modifica, forzándolos á descubrir los secretos de su acción mútua, y cómo se asimilan ó repelen, cómo se compenetran y cambian sus virtudes, cómo de su coeficencia brotan principios de vida ó de muerte; aquí la salvadora Medicina que, si me es permitido decirlo, viaja por las regiones del cuerpo humano en busca de los enemigos de la vida para combatirlos; aquí... . ¡Qué inmensa es, señores, la ramificación de las Ciencias que van á ser cultivadas por la Sección primera de nuestro Ateneo, y cuánto benéfico resultado y cuánta honra pueden surgir del seno de ella! ¡Valor, constancia, miembros de esta nobilísima Sección! ¡Adelante! Adelante!

Allí, en la Sección segunda, han sido acogidas la Religión, la Moral, la Política, el Derecho: esto es, lo más interesante, lo imprescindible para la vida individual y la vida colectiva, no considerada en su esencia material, sino en otra más elevada y más digna, puesto que es vida espiritual, vida de entendimiento, de sentimiento y de conciencia, que no ha menester combinaciones numéricas, ni poderosos telescopios, ni retortas, ni reactivos, de bis-

turías, sino tan sólo fe, libertad, verdad, justicia, abnegación para el cumplimiento de los deberes, y honradez y juicio para el goce de los derechos. Sí, señores, allí la Religión que es á un tiempo necesidad y fuerza del alma, gobierno del corazón y saciedad de la inteligencia; que elevándonos á Dios por medio de la fe y del amor, hechos ostensibles en el culto, nos trae de Dios las bendiciones y virtudes que necesitamos no sólo, como justamente lo ha dicho Montesquieu, para asegurar la felicidad de ultratumba, sino para gozarla también en la tierra. ¡Oh, la Religión! En medio de los pasmosos adelantos de nuestro siglo, hay un bien que retrocede y, por tanto, un mal que avanza: bien grande, bien divino; mal grande y terrible: la fe y la piedad languidecen y desmayan; la locura de la negación, de la indiferencia, del rechazo de la piedad, la abnegación y el amor divino, toma la delantera en el camino de la vida del hombre y de la vida social. Huyamos de este mal, señores, y para huir de él estudiemos la Religión: es preciso estudiarla para conocerla, es preciso conocerla para amarla y practicarla, y es preciso amarla y practicarla para que ella nos abra los tesoros de sus beneficios. Estudiémosla con empeño entusiasta, y á la luz de la razón y de la fe iremos por ilación lógica al conocimiento de Dios, á su amor, á la necesidad de un culto, al Cristianismo, al Catolicismo, esto es á la posesión de la verdad. Allí las Ciencias morales íntimamente ligadas con las religiosas: allí esas Ciencias que buscan las fuentes del bien para bañar en

ellas el espíritu y el corazón del hombre, y buscar los orígenes del mal moral para combatirlo y expulsarlo del individuo, la familia y la sociedad. ¡Benditas sean esas Ciencias y reciban en nuestro Ateneo el culto que merecen! ¿En qué debe consistir este culto? En estudiarlas y en procurar que los frutos del estudio que las cosagremos no queden encerrados en los dominios de la teoría, sino que, traídas á la práctica, influyan en las costumbres, en las leyes, en el gobierno; en todas las relaciones sociales, en todas las manifestaciones de la vida del hogar y de la vida pública de los ecuatorianos. Allí, en esa Sección, segunda en el orden establecido en el Ateneo y primera en atención á su importancia trascendental, tiene su asiento la Política: la Política como conjunto de ciencias nobles y utilísimas, no como manifestación de la existencia y las aspiraciones de los partidos, en cuyas entrañas las más de las veces germinan y se desarrollan la ambición y el egoísmo que matan, y no el amor patrio que salva los intereses de los pueblos y los aumenta y asegura para lo porvenir: allí las Ciencias políticas cuyo estudio nos lleve al mejoramiento de la Constitución y las Leyes, al conocimiento y práctica del verdadero sistema republicano democrático, á la creación del Gobierno hijo de la ley y de la voluntad popular cumplidora de la ley,—Gobierno honrado, enérgico, activo, fiador y guardián de todas las garantías é impulsor de todo progreso sensato y, como sensato, verdadero; estudio que afirme el orden fundado en el ejercicio de los de-

rechos legítimos, y en el cumplimiento estricto de todos los deberes, y en la moral severa de las costumbres. Allí, por último, en esa Sección, las Ciencias jurídicas. ¡Oh, cuán útiles son éstas y qué extenso su dominio! Las Ciencias jurídicas significan los derechos bien comprendidos, las leyes bien aplicadas, la garantía segura de la propiedad, la honra y la vida, el castigo del crimen, la salvación de la inocencia; significan la acción de la mano de Dios mismo que ordena la sociedad y defiende sus intereses por medio de la justicia humana, que es reflejo de la propia justicia de Dios. Estudiémos esas Ciencias para que podamos sentarlas en trono de oro en medio de nuestros tribunales. Tenemos jurisconsultos eminentes, altísima honra del foro ecuatoriano; pero aumentemos su número para que adquiera más bríos y sea más respetable ese cuerpo de los Levitas del derecho y la justicia, y no consienta nunca que se acerquen al arca santa que se le ha confiado los vampiros del lucro y el monstruo de la injusticia que inciensa al ídolo del respeto humano.

¿Y qué os diré, señores, qué os diré de la Literatura y de las Bellas Artes, que son objeto de la tercera Sección del Ateneo? No debería decir nada, porque no hay entre vosotros uno solo que no sepa lo que son y cuánto valen, y que no las ame con entusiasmo, y que no las aplauda, y que no se deleite con sus frutos. En la Literatura y las Bellas Artes, como ya se ha dicho muchas veces, se refleja principalmente la cultura de los pueblos. Nación en que ellas no tienen altares

y adoradores, no es nación civilizada. La gloria de las Letras y las Artes es la gloria pacífica de los pueblos, y esa gloria se asemeja en cierto modo á la vida feliz y eterna de las almas: cuando la materia perece y se disuelve, el alma triunfa en las regiones de lo infinito, y así también cuando las naciones caen y desaparecen, la gloria que las coronaron las Letras y las Artes queda bañando eternamente en luz divina su memoria. Ved esa gloria suspendida todavía cual astro esplendoroso sobre el cadáver ambulante del pueblo hebreo, sobre las cenizas de la Grecia, sobre el despedazado sepulcro de la antigua Roma, sobre los miserables restos de la India. El estudio de la Literatura y su aplicación práctica, no sólo son necesarios, sino precisos. Hay muchos otros ramos del saber humano que constituyen también la alteza, poder y valía de las naciones que llamamos civilizadas; pero ¿cuál de esos ramos puede prescindir de la Literatura? Ninguno, porque ella los acabala y valoriza á todos. No traigamos á cuento la Historia, que recoge el acervo de las enseñanzas de las generaciones muertas para utilidad de las vivas; nada diremos de la Poesía, la inmortalizadora de los héroes y las hazañas gloriosas, la única que tiene lengua capaz de expresar sin menoscabo los pensamientos más sublimes y los afectos más tiernos y delicados, la única que satisface al corazón cuando quiere aliviar sus dolores, y al alma cuando quiere departir con Dios; olvidemos la Novela que, bien comprendida y manejada por ingenios sabedores que no fué inventada

para corromper, sino para sanear y ennoblecer las costumbres, merece amor y acatamiento; pero consideremos la Literatura en sus relaciones íntimas con la vida práctica, como el *panem quotidianum* de toda clase social, de toda profesión y de toda circunstancia: quien no quiere pasar por ayuno de toda cultura en sus conversaciones, ha de pedir el auxilio de las reglas literarias; quien desee soltar el pensamiento por medio de los labios para que lo recojan Dios ó sus Santos, ha de darle forma literaria; cuando la razón y la ley luchan en defensa del derecho, á la literatura han de acudir para ser elocuentes y persuasivas y vencer; la medicina, me atrevo á decirlo, señores, no sólo tiene que embellecer con formas literarias sus tratados científicos, sino que, si quiere ser bien comprendida ha de redactar literariamente hasta el plan curativo más simple, hasta una receta. ¿Escribis una carta? forjais la minuta de un documento? aconsejais, mandais, reprendéis? Allí, para todo la Literatura, si no quereis desatinar, si quereis que obre con certeza vuestro pensamiento, si quereis trasladar á otros corazones el fuego de los afectos del vuestro.

Las Bellas Artes se dividen con las Bellas Letras el imperio de la inteligencia y del corazón humano. Unas y otras son igualmente poderosas. ¿Quién, decidme, quién resiste á la magia de la Música, que en otros tiempos movía hasta las rocas, arrebatava tras sí los árboles, domaba las fieras y quebraba el cetro del monarca del averno? ¿Dónde está el alma fría é indócil á la

armonía de los sonidos y á la interpretación, por medio de ellos, de las ideas, de los sentimientos, de toda la vida espiritual del ser humano? ¡Oh! cuán grande es el poder de las infinitas voces de la naturaleza conuinadas y perfeccionadas por el arte! Nos alegra ó entristece; aviva nuestros afectos; si estamos iracundos, nos amansa; si caidos de ánimo, nos levanta; si temerosos, nos alienta y lleva hasta el heroismo; si amodorrado nuestro espíritu para las cosas supramundanas que tanto le importan, el poder de la Música le sacude y dispierta y arrebatada en vuelo ascendente y maravilloso lejos de los términos de lo material, á regiones más bellas y luminosas que las de la naturaleza visible, le hunde en lo infinito, le acerca á Dios. ¡Y la Pintura! y la Estatuaria! ¡y la Arquitectura! Tres reinas con almas de genio, ante las cuales se descubren reverentes los pueblos civilizados. La una con unas cuantas líneas habilmente trazadas y la conuinación infinita de los colores que pide á la naturaleza, fija en la tela la vida de esta misma naturaleza; la otra toma en sus manos la madera, el mármol, el bronce, y las anima; sí, las anima con el aliento del Arte, y, como su hermana la Pintura, engaña y seduce nuestros sentidos y señorea nuestro corazón y nuestra inteligencia. Pintura, Escultura: artes maravillosas que á veces sobrepasan á la naturaleza, pues buscan modelos en el imperio de las ideas, penetran en el cielo y traen á nuestra vista asombrada bellezas que es imposible encontrar en el mundo material. ¿Y la Arquitectura? Soberbia

competidora de los montes y las selvas, la Arquitectura no se contenta con sólo la belleza, y gusta de Hermanarla con la sublimidad. Para ella es poco satisfacer el orgullo de los reyes y los poderosos dándoles magníficos palacios; es poco verse solicitada por la Pintura y la Escultura para que dé á sus obras asilo digno de ellas, y, atrevida, levanta suntuosas moradas para que Dios mismo descienda á vivir bajo sus cúpulas y á recibir la adoración que le debe toda humana criatura.

Pero me he extendido por demás en este discurso y talvez, señores, os he traído á punto de aburriros. Es preciso terminar.

El entusiasmo ha enardecido mi alma, y al poner fin á esta mal pergeñada oración, se forja mi mente un cuadro que quisiera yo fuese visible á todos vosotros: allí, sí, allí á la entrada de nuestro Ateneo, imagino que estoy viendo un ángel de fisonomía austera y amable á un tiempo, y que veo su noble ademán y oigo su voz imperiosa que dice: "Yo cuido este templo de las Ciencias, la Literatura y las Artes; aquí no se consiente nada que perturbe su tranquilo culto. Idos lejos de este recinto sagrado, pasiones políticas que agriais los ánimos, cegais y ensordeceis á los hombres, y haceis dela inteligencia misma, desvirtuándola, un obstáculo de la cultura social; atrás, desconfianzas y celillos; atrás, pueriles quisquillas indignas de la gente seria; atrás, flojedad de ánimo, enemiga del trabajo y sepultadora del ingenio; atrás, inconstancia que encadenando á medio camino el progreso, haces que se malogren sus felices prin-

cipios y le cierras el porvenir. Pero venid acá, tomad posesión del Ateneo del Quito, orden y armonía, paz y fraternidad, pundonor, generosidad, perseverancia, y hasta tú abnegación, y hasta tú, sacrificio, pues sois indispensables en las grandes empresas de los hombres.”

¿Oísteis, compañeros? Sí, sí lo oísteis, y la voz del Ángel tutelar del Ateneo, no lo dudo, quedará resonando en el fondo de vuestras almas como la voz de una ley sagrada, como la voz de vuestra propia conciencia.

CONCLUÍ.
